

baja aceleradamente y comienza á caminar sobre las aguas. ¡Oh poder infinito de Jesús! Para Él es el agua como tierra firme; Él se pasea por los mares, y á su imperio cesan las más horribles tempestades. ¡Oh eficacia de la oración, que de tal modo fortalece el alma flaca, y que así atrae los divinos auxilios, para que en medio de las mayores amarguras no se hunda, sino que flote gloriosamente sobre ellas, haciéndose á todas superior! ¿Quién, en vista de esto, no confiará en Jesús? ¿Quién no se aficionará á la oración que tales bienes produce? ¿Qué hemos hecho nosotros? ¡Cuán inconstantes somos en este útil y necesario ejercicio! ¡Y con cuánta frialdad la hacemos! No seamos ya más tibios en cosa que tanto nos interesa; propongamos, dirijámonos al Señor con súplicas fervorosas, pidiendo por nosotros y por todo el mundo.

#### 79.—JESÚS ES TENIDO POR FANTASMA.

PRELUDIO 1.º. Viendo los discípulos que Jesús venía á ellos sobre las aguas, temieron grandemente y dieron voces, diciendo: «Fantasma es», y Jesús les tranquilizó.

PRELUDIO 2.º. Representate este mismo suceso, como si te hallaras presente.

PRELUDIO 3.º. Pide la gracia de conocer los espíritus y no padecer ilusiones.

**Punto 1.º** *Vano temor de los discípulos.*—Viendo los discípulos que hacia ellos venía Jesús, andando sobre las aguas, comenzaron á temer grandemente, y dieron voces, diciendo: «Fantasma es». En lo cual has de considerar cuán grande es la flaqueza y miseria humana, que mientras parece ser muy fuerte para desafiar y vencer enemigos poderosos, desfallece y se acobarda delante de lo que sólo es enemigo imaginario, siendo realmente el mayor amigo; así ves á los discípulos del Señor, que no daban voces con la furia de la tempestad, y las dieron de miedo por un antojo, precisamente cuando debían darlas de gozo y alegría. Muchas veces te ha sucedido que con la virtud de Dios has hecho rostro á grandes peligros y dificultades, y al poco tiempo, con gran pusilanimidad y cobardía, te has espantado de peligros insignificantes y antojadizos. ¿Cuándo llegarás á conocer y á convencerte que nada eres de ti mismo? Pondera cuán perjudicial es la pasión del miedo cuando arrastra el entendimiento; porque le hace tener por fantasma lo que es realidad, por defectuoso lo santo, por imperfecto lo perfecto. Y á tal extremo llega algunas veces esta pasión, sobre todo en algunos escrupulosos y pusilánimes, que vienen á cometer desobediencias ú otras faltas verdaderas y manifiestas por el vano temor de caer en algunos defectos puramente imaginarios. De todo lo cual debes sacar grande desconfianza de tus propias fuerzas, porque si los discípulos del Señor experimentan tal flaqueza sin causa fundada, ¿qué puedes espe-

1 Matth., xiv, 26.

rar tú, cuya debilidad tienes experimentada tantas veces? Saca también un firme propósito de no temer cuando no hay motivo para ello, recordando que en donde está el espíritu del Señor<sup>1</sup>, allí no hay encogimiento, sino libertad. ¡Oh Salvador amorosísimo! Concededme que, arrojando de mí todo temor servil que os desagrade, os sirva con espíritu de hijo, temiendo más vuestra ofensa que el castigo que por ella me podéis dar, y sin que me impida el serviros ningún respeto humano ni el temor de cosa transitoria. ¿Estamos nosotros convencidos de nuestra flaqueza? ¿Tememos lo que no debemos temer?

**Punto 2.º** *Tres clases de hombres que juzgan diversamente acerca de los favores de Dios.*—Considera cómo hay tres clases de personas que, tratando con Cristo, sienten diferentemente de Él y de sus cosas. Unas hay que tienen por Cristo lo que es solamente fantasma y sombra antojadiza, calificando sus sueños é imaginaciones por verdaderas revelaciones; y á sus pasiones tienen por virtudes, pensando que su rabiosa ira es celo, y su amor carnal, espiritual. Estos, por la mayor parte, son algunos soberbios y presuntuosos que se fían mucho de su propio juicio; y ora el demonio transfigurado en ángel de luz<sup>2</sup>, ora su amor propio, ora su imaginación con sus ardidés, invenciones y falacias, les hacen caer en ilusiones que no pocas veces les conducen á la perdición. Otras hay, por el contrario, que tienen por fantasma á lo que verdaderamente es Cristo, á la virtud por pasión y á la buena inspiración por antojo de su propio espíritu. Esto, aunque suele acontecer entre gente escrupulosa y melancólica é ignorante, sucede también algunas veces entre gente aprovechada, como se ve aquí en los Apóstoles, sobre todo en tiempos de tentaciones y borrascas, permitiéndolo Dios para prueba de la humildad y virtud, porque entonces es más terrible la tentación, cuando el alma imagina que es nuevo engaño lo que Dios envía por su remedio. Ambos extremos son viciosos, porque si es malo tener á Cristo por fantasma, no lo es menos tener á la fantasma por Cristo<sup>3</sup>. Y así la tercera clase de personas están en el buen camino, siguiendo el consejo de san Juan<sup>4</sup>, que dice: «No creáis á todo espíritu, sino probad y examinad los espíritus si son de Dios». Y este examen se ha de hacer por medio de la oración, humildad, consejo y reflexión imparcial. ¿Á cuál de estas clases perteneces? ¿Cómo pruebas los movimientos interiores? ¡Oh Maestro celestial, verdadero ponderador de los espíritus! No permitáis que os haga tal agravio que llame fantasma á lo que es Dios, y Dios á lo que es fantasma; ilustradme con vuestra divina luz, para que pueda discernir entre uno y otro, y ayudadme con vuestra gracia, para que siempre siga los impetus del espíritu bueno, y aborrezca los del malo.

1 II Cor., iii, 17. — 2 II Cor., xi, 14. — 3 S. Greg. — 4 I Joan., iv, 1.

**Punto 3.º** *Jesús tranquiliza á los Apóstoles.*—Oyendo Jesús los clamores de los Apóstoles, luego les habló, y dijo: «Confiad, yo soy; no temáis». Aquí debes considerar cuán propio es de la clemencia de Cristo nuestro Señor el consolar luego á los afligidos; manifestándoseles por medio de algunas palabras que les habla al corazón, y moviéndoles á verdadera confianza; de manera que, quitado todo temor vano, sientan en su alma tales afectos, que por ellos conozcan la verdad de aquella palabra: «Yo soy», y con ella logren completa paz, conociendo que es palabra del mismo Cristo. Pondera lo que pasa en el corazón humano cuando Cristo nuestro Señor le visita y habla, dándole á entender por algunas señales interiores quién es el que le habla; porque, como cada hombre tiene cierto modo de hablar, por el cual le conocen los que conversan con él, y le diferencian de otros, así los santos<sup>2</sup> dicen de nuestro Señor, que tiene tal modo de hablar al corazón, con tal dulzura y paz y plenitud de virtudes, que representan su divinidad, y se da bien á conocer que es buen espíritu el que habla, porque el malo no puede ni atina á hablar con tal modo de sabor. Esto muestra el Señor con la omnipotencia de su palabra, porque en un momento trueca el corazón de tímido en confiado, de triste en alegre, de turbado en sosegado, de duro en blando, de seco en devoto, de afligido con varias tentaciones de carne ó vanidad y codicia en quieto con los afectos contrarios. ¡Oh cómo disipa las tristezas y turbaciones la voz del Señor, cuando habla al corazón! Mas como el hombre, con una misma palabra dicha de distinto modo, muestra enojo para espantar ó blandura para regalar, así Cristo nuestro Señor, con esta misma palabra, «Yo soy», obra contrarios efectos en contrarias personas, porque á sus discípulos con ella quitó el miedo, y á sus enemigos en el huerto con la misma espantó de tal modo, que dió con ellos en tierra<sup>3</sup>. Y del mismo modo procede ahora, porque á los justos da paz y gozo espiritual, para alentarles en su servicio, y á los pecadores atemoriza con reprensiones, amenazas y espantos para que salgan del pecado. ¿Por qué no confías en un Señor que puede consolarte con tanta facilidad? ¿Por qué no acudes á Él en las tristezas? ¡Oh Dios omnipotente, que sois el que sois! Decid á mi alma *Yo soy*, manifestándolo y haciéndola sentir los efectos de vuestra dulce presencia, para que con ella cesen todos sus vanos temores, y se enciendan sus fervorosos deseos, poniéndolos por obra, para gloria vuestra.

**Epítogo y coloquios.** ¡Cuán grande es la cobardía y miseria del hombre! Los Apóstoles, que con tanto valor luchan contra la deshecha tempestad, se llenan de miedo y pavor al divisar á Jesús, que viene á ellos andando sobre las aguas. ¡Cuántas veces lo que nos entristece debiera alegrarnos, y lo que nos ale-

<sup>1</sup> Matth., xiv, 27. — <sup>2</sup> Greg., August., Diadocus. — <sup>3</sup> Joan., xviii, 6.

gra nos debiera entristecer! Los discípulos tienen á Jesús por fantasma, arrastrados por un excesivo miedo. Así yerran los hombres acerca de las cosas de Dios. Unos tienen por realidad y verdad y cosa celestial lo que es puro fantasma; otros tienen por fantasma lo que es real y verdadero; pocos son los que tienen siempre un juicio recto de las cosas divinas; porque pocos son los que examinan los espíritus con aquella humildad, prudencia, discreción y desprendimiento del amor propio que son tan necesarios para no errar. ¿Cómo nos portamos nosotros? ¿Tememos padecer errores perjudiciales? En este caso, la oración es el medio más eficaz para salir de dudas y ansiedades. Jesús, cuando quiere, se da á conocer con tal claridad y certidumbre, su voz es tan clara, poderosa y distinta de la voz humana, que no puede menos de reconocerla el que la oye en su corazón. Diciendo: «Yo soy», puede calmar instantáneamente al espíritu más agitado, así como conturbar al hombre más valiente, que alardea de ser enemigo suyo. Tan grande es su poder y tal la eficacia de su palabra. ¿Por qué no confiamos en Él? ¿Por qué no acudimos á Él en nuestras dudas? ¿Qué haríamos si la muerte estuviese á las puertas de nuestra alma? Decidámonos, por fin, á confiar en la sabiduría, bondad y poder de Jesús, y para que así lo verifiquemos, formemos los propósitos oportunos, acudiendo al Señor nos asista con su gracia para cumplirlos, y remedie todas las necesidades.

#### 80.—JESÚS PERMITE Á SAN PEDRO ANDAR SOBRE LAS AGUAS.

PRELUDIO 1.º Viendo san Pedro á Jesús, quiso ir á Él, andando también sobre el agua; mas habiendo dudado, comenzó á hundirse; Jesús le tomó de la mano, y subieron al navío.

PRELUDIO 2.º Representate con viveza este suceso.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de imitar la fervorosa caridad de san Pedro.

**Punto 1.º** *Pedro pidió á Jesús que le dejase ir sobre las aguas.*—Considera cómo Pedro, oyendo las palabras con que Jesús había consolado á sus discípulos, dijo: «Señor, si Tú eres, mándame venir á Ti sobre las aguas». En cuyas palabras se apuntan cinco propiedades de la verdadera caridad, por las cuales se diferencia el fervor verdadero del falso. La primera, es tener grande luz y estima del Señor y de las grandezas que encierra la palabra «Yo soy», las cuales penetró san Pedro con divina ilustración, y asiendo de ella, dijo, no dudando, sino afirmando: «Señor, si Tú eres...», que fué decir: «Pues tú eres la misma bondad y caridad, muestra conmigo ser el que eres, dando testimonio de quién eres». La segunda, es tener grandes ansias de que Dios le mande algo en que muestre el amor que le tiene, diciendo: «Mándame», porque esclavo tuyo soy; aparejado estoy

<sup>1</sup> Matth., xiv, 28.

á obedecerte; tengo por gran favor que me mandes algo; manda lo que quisieres, que yo te obedeceré.» La tercera, es tener entrañable deseo de estar junto á su amado, pareciéndole larga cualquier dilación, y deseando no caminar al paso ordinario, y por esto dijo san Pedro: «Señor, si Tú eres, mándame ir á Ti sobre las aguas»; y no dijo esto por vanidad ó por pedir milagros, sino llevado del fervoroso deseo de estar junto á su Maestro. La cuarta, es ofrecerse con fiadamente á cosas que exceden sus fuerzas, y aun parecen imposibles á su flaca naturaleza, porque no mide sus deseos con las propias fuerzas, sino con las de Dios. Y por esto san Pedro se ofreció á echarse en el mar tempestuoso, pareciéndole que en virtud de su Maestro andaría sobre las aguas como Él andaba, sin ser anegado de ellas, porque la encendida caridad no teme ser anegada de las aguas de las tribulaciones, como se dice en el libro de los Cantares<sup>1</sup>. Finalmente: aunque la caridad es fervorosa, no es precipitada ni temeraria, sino prudente y reportada, ni se arroja á más de lo que puede sin licencia, mandato é inspiración de Dios, en quien confía, como san Pedro no se arrojó en el mar hasta que Cristo se lo mandó. ¡Oh dulcísimo Maestro! Entradme en la bodega de vuestros vinos preciosos<sup>2</sup>, y ordenad en mí la caridad con las cualidades que la disteis á este santo Apóstol, para que el fervor, ni por el desorden me despeñe, ni por el mucho miedo se menoscabe. ¡Oh alma! Mira que tu caridad ha de ser ilustrada, deseosa de obedecer y de estar junto al Amado, confiada y prudente. ¿Tiene estas cualidades?

**Punto 2.º** *Jesús accedió á la súplica del Apóstol.*—Considera cómo Cristo nuestro Señor, aunque otras veces reprimió el fervor de san Pedro, esta vez se agradó de él y le concedió su petición, diciendo: «Ven», porque procedía de verdadero amor y con espíritu de resignación, y con grande confianza, no en sus fuerzas, sino en las de Cristo; y cuando las peticiones son de tal manera, como proceden del Espíritu Santo, admítelas este Señor, cuya propiedad es hacer la voluntad de los que le temen, y oír las peticiones de los que le aman, cuando van ordenadas para muestras de amor. Al contrario: cuando en la noche de la Pasión<sup>3</sup> se ofreció el mismo Apóstol á ir con Él á la cárcel y á la muerte, no le respondió «Ven», porque sabía que aquel ofrecimiento procedía de soberbia y presunción de sí mismo, con algún desprecio de sus compañeros, anteponiéndose á ellos; antes le reprendió y castigó por ello. Mas en esta ocasión concedió también Jesús á san Pedro lo que pedía, para que sus discípulos viesan por experiencia con cuánta razón les había dicho: «Confiad, yo soy, no temáis»; pues era tan poderoso, que con una sola palabra, «Ven», podía hacer una cosa tan prodigiosa cual era andar un hombre

<sup>1</sup> Cant., viii, 7. — <sup>2</sup> Cant., ii, 4. — <sup>3</sup> Luc., xxii, 33.

sobre las aguas como sobre tierra firme, y de allí levantasen el espíritu á creer y confiar que también era poderoso para hacer que anduviesen sobre los basiliscos y escorpiones<sup>1</sup>, y hollasen los leones y dragones sin recibir daño de ellos. Pondera ya cómo san Pedro, en oyendo la palabra de Cristo nuestro Señor, sin dilación y sin temor salió de su navío y comenzó su viaje, caminando hacia donde estaba Jesús con deseo de acercarse á Él, para que por aquí entiendas la presteza y confianza con que has de ejecutar todo lo que fuere voluntad de Cristo, y cumplir los propósitos y ofrecimientos que has hecho de su servicio, no dudando de arrojarte á cualesquier peligros en virtud de su palabra, pues todas las cosas podrás en el Señor que te conforta<sup>2</sup>. ¡Oh si imitases la prontitud de san Pedro en cumplir tus propósitos! ¿No te arguye la conciencia de algún descuido en esto? ¿Qué harás en adelante? ¡Oh poderosísimo Jesús! Deseosa está mi alma de ir tras Vos, siguiendo vuestra vida, y de ir á Vos para gozar de vuestra gloria. Decidla, Señor, esta palabra, *ven*, porque en virtud de ella todo le será fácil, pues al que confía en Vos todo le es posible.

**Punto 3.º** *Pedro vacila y se hunde; pero Jesús le da la mano.*—Viendo Pedro la furia de los vientos, temió; y comenzando á hundirse, dió voces, diciendo: «Señor, salvadme». Y al punto, tomándole Cristo por la mano, le dijo: «Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?» Y entrando en el navío, cesó el viento, y se halló la nave en el puerto. En todo este hecho debes ponderar primeramente, que Jesucristo permitió este temor en Pedro, porque después no se envaneciese, y para que reconociese que todavía no tenía perfecta fe, pues quien tuvo ánimo para echarse en el mar tempestuoso, temió después el viento que se levantó, porque apartó los ojos de Cristo y los puso en el viento; y como faltó la confianza, faltó la consistencia, y comenzó á hundirse. Pondera también que quien por obediencia de Cristo, y fiado en su palabra, se arroja en los peligros, no perecerá; porque, en llamándole, acudirá á darle la mano y librarle de ellos; pero si en ellos te pones por tu propia voluntad, ó por vanidad y jactancia, Dios te dejará de su mano en castigo de tu loco atrevimiento, y perecerás como los sacerdotes Macabeos<sup>3</sup>, que por este fin vano entraron en la batalla sin consejo. Observa cómo, entrando Jesús en la nave, cesó el viento, para significar que las tentaciones que se levantan en su ausencia cesan con su presencia, y con su auxilio llegará presto el navío de tu alma al puerto de salvación. Mas espiritualizando este hecho, mira cómo en él se descubre el estilo que tiene Cristo cuando llama á uno á la religión ó á una grande empresa; al principio facilita los medios; después permite borrascas y tentaciones; mas si el alma corresponde á su

<sup>1</sup> Psalm. xc, 13. — <sup>2</sup> Philip., iv, 13. — <sup>3</sup> I Machab., v, 67.

vocación, acaba el Señor por darle completa paz. Y por esto dijo por un profeta <sup>1</sup>: «Yo la engañaré con la leche de mis consuelos, y la llevaré á la soledad, y después la pondré en el valle de la turbación, para que cobre nuevas esperanzas, y cante con alegría, como solía en sus principios». ¡Oh Amado mío! Engañadme con este santo engaño, para que me libréis de los engaños del mundo; y cuando permitáis que me asalte la tribulación, haced que vuelva mis ojos á Vos y con fervor pida vuestro auxilio, á fin de que con él llegue al descanso de la gloria. ¿Hemos acudido á Jesús en nuestras tribulaciones? ¿Hemos desconfiado de su palabra?

**Epílogo y coloquios.** ¡Qué caridad tan fervorosa ostenta san Pedro en esta ocasión! Apenas oye la voz de Jesús, su amor no sufre dilaciones, y con un santo fervor le dice: «Señor: pues Tú eres, mándame que vaya á Ti sobre las aguas». ¡Con qué claridad conoce Pedro la bondad, poder y misericordia de su Maestro! ¡Qué deseo tan encendido tiene de servirle! ¡Qué ansias por acercarse á Él! Mas, aunque es confiado y animoso, no es imprudente, no se arroja al agua hasta oír el mandato del Señor. Estas son las propiedades que debieran acompañar á tu caridad. Jesús la aprobaría, como aprobó en esta ocasión la de su discípulo; en otras ocasiones había reprimido el fervor de san Pedro, porque procedía del amor propio ó iba acompañado de él; mas esta vez, no sólo no le reprime, sino que accede á su petición, aunque tan osada, y le dice *ven*. Y al instante Pedro salta del navío y comienza á andar hacia donde estaba Jesús. ¡Cuán confiados estarían los Apóstoles viendo el prodigio que por la palabra de su Maestro se estaba realizando en su condiscípulo! ¡Cuán gozoso correría Pedro por aquel camino tan desusado! Mas ¡oh miseria humana! Pedro vacila, aparta los ojos de Jesús para ponerlos en el recio viento que se levanta, y principia á hundirse; clama al Señor, y Éste le toma de la mano, y juntos suben á la nave. ¡Ah! Si en medio de las tribulaciones miras á Jesús, tendrás paciencia; mas si te fijas en ellas, te hundirás en la impaciencia. Dirige tus ojos á ti mismo: ¿tiene tu caridad las propiedades necesarias? ¿Eres animoso para el servicio del Señor? ¿Obedeces á su voz? ¡Cuánto distas de tener el fervor animoso y decidido de Pedro! ¡Qué de dificultades encuentras para cumplir la voluntad del Señor! Reflexiónalo bien; procura enmendarte, y para lograrlo, haz propósitos prácticos y particulares, y ruega por ti y por todo el mundo.

<sup>1</sup> Osec., II, 14.

## 81.—JUICIO DE LOS HOMBRES ACERCA DE DIOS.

PRELUDIO 1.º Preguntando el Señor á sus discípulos qué decían de Él los hombres, contestaron: «Unos dicen que sois Elías, otros que Jeremías...»

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús haciendo esta pregunta á sus discípulos.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de juzgar rectamente de Jesús.

**Punto 1.º** *Pregunta de Jesús acerca del juicio que de Él formaban los hombres.*—Viniendo Jesús al territorio de Cesárea de Filipo, preguntó á sus discípulos <sup>1</sup>: «¿Quién dicen los hombres que es Hijo del hombre?» Y, según san Lucas, hizo esta pregunta habiendo estado primero á solas orando, para que se entendiese que no la hacía por vana curiosidad, sino por necesidad; y no para su provecho, sino para el nuestro. Pondera la causa principal que movió á Jesucristo á hacerla, que fué para tomar ocasión de dar á sus discípulos con más claridad conocimiento verdadero de quién era, de cuyo conocimiento, como Él mismo dijo <sup>2</sup>, depende, como de semilla, nuestra salvación; y también para enseñarnos el modo cómo nos hemos de aprovechar de los dichos de los hombres; porque desear saber la opinión que tienen de nosotros, para fundar en ella la seguridad de nuestra vida, es gran yerro; pues, como dijo san Pablo <sup>3</sup>, quien nos ha de juzgar es Dios; pero no es malo querer saberla, para que, oyendo sus dichos, corriamos lo malo que dijeren de nosotros, ó huyamos de ello para que no lo digan con verdad; y lo bueno que dijeren, procuremos ganarlo, si no lo tenemos, ó perfeccionarlo, si lo tuviéremos, y de esta manera los dichos de los hombres se convertirán en nuestro provecho. Mira también la humildad que resplandece en llamarse el Señor á sí mismo Hijo del hombre, que es nombre común á todos los hombres, vil y despreciado, dejando otros nombres muy gloriosos con que se podía llamar, enseñándote con este ejemplo á humillarte y á tomar siempre los títulos más bajos y humildes que pudieres, según tu estado, porque quien se humilla será ensalzado. Y así, Cristo nuestro Señor, llamándose á sí mismo Hijo del hombre, luego, por revelación del Padre, fué llamado por san Pedro Hijo de Dios. ¡Oh hijo de Dios vivo! Dadme la humildad que mostrasteis, haciéndoos hijo del hombre, y abrazando las bajezas de los hijos de los hombres, para que por esta humillación llegue á la grandeza de Hijo de Dios, gozando de la gloria que sus hijos gozan. ¡Oh alma! Aprende de Jesús á humillarte y á indagar los juicios que los hombres forman de ti, no por curiosidad, sino para aprovecharte de ellos, corrigiendo lo malo y conservando y perfeccionando lo bueno. ¿Ha sido esta tu conducta?

<sup>1</sup> Matth., xvi, 13 — <sup>2</sup> Joan., xvii, 3. — <sup>3</sup> I Cor., iv, 4.

**Punto 2.º** *Respuesta de los Apóstoles.*—Contestando los Apóstoles á la pregunta de Jesucristo, dijeron: «Unos dicen que eres Juan Bautista; otros, que Elías; otros, que Jeremías, ó uno de los profetas». En lo cual debes ponderar, primeramente, la prudencia que en ella usaron los Apóstoles; porque, sabiendo que los escribas y fariseos decían de Cristo nuestro Señor que era un samaritano, comedor y bebedor y amigo de publicanos<sup>1</sup>; y otros muy grandes males, nada de esto respondieron, sino solamente lo que parecía honroso para su Maestro; para que aprendas tú que los justos y prudentes no han de referir á otros los dichos de sus enemigos, porque ordinariamente son falsos, y no sirven sino de provocarles á ira é indignación contra ellos; y así es más cordura encubrirselos, y no andar en chismeras que ahogan la fraternidad. Y quizá por esta causa no preguntó el Señor: ¿Quién dicen los escribas y fariseos que es el Hijo del hombre?, sino los hombres, esto es, la muchedumbre del pueblo. Reflexiona también acerca de la respuesta de los Apóstoles, cuán propio es de hombres, dejados á su miserable naturaleza, errar en el conocimiento de Dios y de Jesucristo, ó por cortedad de entendimiento, ó por la pasión que les ciega la lumbre de la razón, ó por engaño del demonio, el cual procura quitarles este verdadero conocimiento para tenerlos cautivos debajo de su tiranía con innumerables pecados, conforme al dicho del profeta<sup>2</sup>: «Mi pueblo fué llevado cautivo porque no tuvo ciencia», esto es, no tuvo verdadera fe y conocimiento de Dios y de las cosas que pertenecen á su servicio. Por lo cual has de compadecerte grandemente de los infieles y de los ignorantes que yerran en esto, de los cuales dice san Pablo<sup>3</sup> que muchos tienen ignorancia de Dios, y que quien ignora, será ignorado, porque Dios ni le conocerá por suyo, ni le aprobará para la vida eterna. ¿Erramos nosotros también en el conocimiento del Señor? ¿Procuramos imitar la prudencia que en esta ocasión tuvieron los Apóstoles? ¡Oh Dios de las ciencias<sup>4</sup>! Compadeceos de nuestras ignorancias, y cumplid la promesa que hicisteis, llenando la tierra de la ciencia de Dios. Abrid los ojos á tantos ciegos, para que vean claramente y conozcan que Vos sois el Señor omnipotente, digno de todo honor y gloria. *Noverim te, noverim me.* Conózcame para despreciarme, y conózcaos para amaros y serviros eternamente.

**Punto 3.º** *Errores que los hombres padecen acerca de Dios.*—Considera, acerca de la misma respuesta de los Apóstoles, cómo muchos yerran acerca de las cosas de Dios y de Cristo, quitándole lo que tiene, no sólo en la práctica, sino aun especulativamente; porque, midiendo las grandezas de Dios con la cortedad de su ingenio, ó con su juicio rendido á la pasión, unos

<sup>1</sup> Matth., xi, 19. — <sup>2</sup> Isai., v, 13. — <sup>3</sup> I Cor., xv, 34; xiv, 38. — <sup>4</sup> I Reg., ii, 3.  
<sup>5</sup> Isai., xi, 9.

le quitan la divinidad, como la chusma del pueblo, que en Jesús sólo veía á un hombre como el Bautista ó Elías; otros le quitan la sabiduría, llamándole loco, ó la santidad, llamándole samaritano, ó el poder, ó la providencia. Así obran los infieles, y aun muchos que á sí mismos se llaman cristianos. Más frecuente es ver que muchos fieles, aunque con las palabras confiesan á Cristo, por su mala conciencia, con las obras dan testimonio que tienen falsas aprensiones de Dios y de Él, y yerran prácticamente en su conocimiento, imaginando un Dios severo, implacable, y que quiere coger de lo que no sembró; ó, al contrario, un Dios tan misericordioso, que todo lo disimula, aunque vivan como quisieren; formándose, como dice san Bernardo, un concepto tan ajeno de la verdad de lo que hay en Dios, que no es concepto de Dios, sino de dios falso y de ídolo, que es nada en el mundo<sup>1</sup>; porque en él no hay tal Dios que sea cruel, olvidadizo, inexorable, aceptador de personas, disimulador de pecados, como ellos se imaginan. Finalmente: algunos espirituales yerran también en sus juicios acerca de Dios y de Cristo, pensando que su espíritu es solamente riguroso, áspero y penitente como el del Bautista, ó celoso y terrible contra los pecados como el de Elías, ó compasivo y lloroso por las miserias del mundo como el de Jeremías, ó solitario y abstraído de los hombres como el de algunos profetas; y, según este modo de pensar, quieren juzgar á los demás, obligándoles á ir por el camino que ellos siguen. Y éstos yerran, porque el espíritu del Señor es uno y múltiple<sup>2</sup>, y con unos es penitente, con otros es solitario, y á cada cual guía por el camino que más le conviene. ¡Oh Sabiduría eterna, en quien están recogidos todos los espíritus que han tenido los santos que os sirvieron! Dadme aquel espíritu que más os agrade, y á cada uno de vuestros escogidos aquel que más le convenga. Purificad mi entendimiento de errores, para que os conozca como verdaderamente sois, y os tenga dentro de mi corazón en la figura que merecéis. ¿Qué dices tú, alma mía, y qué sientes de Cristo? ¿Cómo juzgas de sus atributos, grandezas y espíritu?

**Epílogo y coloquios.** ¡Qué prudencia tan consumada descubre el Señor en la pregunta que dirige á sus discípulos! ¡Qué humildad tan profunda! ¡Qué discreción tan admirable! Esta pregunta podría proceder en el que la hiciera de un espíritu dudoso, y para enseñarnos el modo cómo se han de escudriñar los espíritus, no la hace sino después de haber gastado gran rato en la oración á solas y en retiro. ¡Oh si nos valiéramos de este medio para examinar los espíritus! Entonces, no sólo nos aprovecharíamos del modo que conviene de los juicios humanos, sino que tendríamos de Jesús un juicio recto y ajustado, y nosotros también nos tendríamos en el sentido en que debemos, y nos llama-

<sup>1</sup> I Cor., viii, 4. — <sup>2</sup> Sap., vii, 22.

ríamos con los nombres que nos corresponden según es nuestra miseria. ¡Cuánto se yerra en el mundo acerca del conocimiento de Dios! Unos maliciosamente le usurpan los atributos que le pertenecen y le son esenciales, ya quitándole la justicia, ya la misericordia, ya la providencia. Otros, por ignorancia y debilidad, aunque en sus palabras confiesen á Jesucristo, con sus obras niegan lo que con aquéllas afirman; confiesan su justicia, y obran como si no la tuviese; confiesan su misericordia, y se desesperan como si de ella careciese; hablan de su providencia, y desconfían como si en ella no creyesen. ¿Eres tú, acaso, de esta clase de hombres? ¿Piensas como ciertas personas espirituales, muy apegadas á su propio parecer, para quienes á Jesús sólo gusta aquel espíritu que á ellas les guía? Si son amigas de soledad, creen que sólo este espíritu le agrada; si amantes de la caridad y limosna, piensan que sólo la limosna es el sacrificio acepto al Señor. ¡Qué espíritus tan cortos y mezquinos! Vigilemos para no dejarnos seducir; y para evitarlos, propongamos lo que sea conveniente ó renovemos los propósitos que tenemos hechos, pidiendo fuerzas para cumplirlos y socorro para todos los males que nos afligen.

## 82.—ILUSTRE CONFESIÓN DE SAN PEDRO.

PRELUDIO 1.º Preguntando Jesús á sus Apóstoles qué decían de Él, respondió Pedro: «Tú eres Hijo de Dios vivo»; por lo cual el Señor le alabó y premió.

PRELUDIO 2.º Representate á san Pedro confesando á Jesús por Hijo de Dios.

PRELUDIO 3.º Pide viva fe de la divinidad de Jesucristo.

**Punto 1.º** *Pregunta del Señor y confesión de san Pedro.*—Considera cómo Jesucristo, habiendo oído lo que de Él decían los hombres, interrogó á los mismos Apóstoles, no porque ignorase lo que de Él sentían, sino para confirmarlos en la fe de su divinidad, y les dijo: «Vosotros, ¿quién decís que Yo soy?» Á esta pregunta, que se había dirigido á todos colectivamente, respondió sólo san Pedro; ya porque, como más fervoroso, era siempre el primero en todas las cosas que miraban á la honra de su divino Maestro; ya porque, como mejor dispuesto, fué ilustrado por el Señor con extraordinaria luz para que conociese las grandezas de Cristo. La respuesta del Apóstol fué: «Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo». Pondera cada una de sus palabras. Tú, que te llamas por humildad el Hijo del hombre; Tú, de quien dicen los hombres que eres el Baustista ó Elías; Tú, que eres nuestro Maestro y nos has escogido por discípulos; Tú eres el que eres, y el mismo ser esencial, del cual depende todo lo que existe. Tú eres el Cristo de Dios, esto es, el Mesías prometido

<sup>1</sup> Matth., xvi, 16.

á los judíos y esperado de las gentes; el Rey de Israel, Rey de reyes y Señor de señores: el sumo Sacerdote según el orden de Melquisedec<sup>1</sup>; el supremo Profeta; el Santo de los santos<sup>2</sup>, unguido del Señor con óleo de alegría sobre todos tus compañeros. Tú eres, no cualquier Cristo como los puros hombres, sino Hijo de Dios, no adoptivo, sino natural, Hijo de Dios vivo, el cual por ser vivo tiene la obra más noble de los vivientes, que es engendrar á sus semejantes; y así te engendró á Ti, Dios vivo como Él, y por consiguiente infinito, inmenso, eterno y todopoderoso, sabio y bueno y la misma sabiduría y bondad. Todo esto y mucho más penetró san Pedro con la luz del cielo, y lo confesó con la boca con tal fervor, reverencia y devoción, que se hizo digno de soberana recompensa. Y nosotros, ¿qué pensamos de Cristo y de sus atributos, grandezas y virtudes? ¿Damos testimonio verdadero de Él? ¡Oh Hijo de Dios vivo! Concededme tal luz y tal viveza de fe, que todas mis palabras y acciones den testimonio de quién Vos sois; no obre yo de tal modo, que por mi causa sea vuestro santo Nombre blasfemado; antes bien que sea buen olor de Cristo<sup>3</sup>, manifestándose vuestra santidad y virtud en mi cuerpo mortal.

**Punto 2.º** *Alabanzas de Jesús á san Pedro.*—Oyendo Jesús la fervorosa confesión de san Pedro, le respondió: «Bienaventurado eres, Simón, hijo de Joná, porque la carne y la sangre no te reveló esto, sino mi Padre que está en los cielos». En esta respuesta manifestó el Señor claramente lo mucho que se había agradado de la confesión de su Apóstol; y así le honró, llamándole primeramente bienaventurado, porque de este conocimiento y confesión comenzó su buena dicha, como también comienza la nuestra, por ser principio de la vida eterna y bienaventurada. Llámale Simón, que quiere decir obediente, hijo de Juan, que significa gracia, ó de Joná, que quiere decir paloma, para significar que por esta confesión tan noble se había mostrado obediente á Dios, que se la reveló, hijo de su gracia ó del Espíritu Santo que se la inspiró; y en virtud de ella sería obediente á la ley de gracia y sería lleno del Espíritu Santo con gran plenitud de sus divinos dones. Dícele, en tercer lugar, que no le reveló esto la carne ni la sangre; porque ni esta fe ni los bienes sobrenaturales que de ella proceden se pueden entender ni haber por herencia de los padres carnales, ni por industria ó magisterio de los hombres de carne, ni por las fuerzas de la naturaleza humana, pues no somos suficientes para pensar cosa semejante, sino toda nuestra suficiencia ha de ser de Dios<sup>4</sup>. Añádele que se lo reveló su Padre que está en los cielos, con lo cual confirma que es Hijo de Dios vivo, cuyo Padre está en los

<sup>1</sup> Psalm. cix, 4. — <sup>2</sup> Dan., ix, 24; Psalm. xlv, 8. — <sup>3</sup> II Cor., ii, 15.

<sup>4</sup> II Cor., iii, 5.